

El mundo en 1998, un año tan dramático como cualquier otro de la década

Fred Halliday
Profesor de
Relaciones Internacionales,
London School of Economics

1998 ha sido un año tan dramático como cualquier otro de la década que siguió al final de la Guerra Fría. Un año en el que algunos asuntos enterrados o complacientemente asumidos como resueltos tras 1989, han reaparecido en la escena mundial, pero también uno en el que se han evidenciado las tensiones que pueden configurar los primeros años del próximo milenio. Acontecimientos dramáticos en el campo estrategicomilitar, siendo los más notables los ensayos nucleares en la India y Pakistán en mayo y el ataque angloamericano con misiles contra Irak en diciembre, han coincidido con nuevas crisis regionales y civiles, desde la sangrienta victoria de los talibán en Afganistán hasta los ataques contra embajadas estadounidenses en África y la respuesta con misiles de Estados Unidos, y la explosión étnica en Kosovo. Al mismo tiempo, el *boom* de los noventa, sobre el que se había especulado tanto tiempo y que se asociaba tan confiadamente con el triunfo de un modelo neoliberal del capitalismo, llegó a su fin con el triple solapamiento de las crisis en Asia, Rusia y América Latina. En el lado positivo también se produjeron acontecimientos importantes. La Unión Europea, revigorizada por la elección de nuevos líderes políticos, sobre todo en Alemania, empujó hacia su integración financiera y estaba lista para estrenar el euro el día 1 de enero de 1999. En dos de los conflictos civiles más intratables de Europa Occidental, los de Irlanda del Norte y Euskadi, se produjeron progresos políticos significativos, si bien no concluyentes: un acuerdo de paz bastante amplio en el primero de ellos y lo que parece ser considerado un alto el fuego en el segundo. En el conflicto árabe-israelí y en Colombia se produjeron algunos avances en las negociaciones, así como en la disputa sobre el caso Lockerbie entre Libia y la comunidad internacional. Este año, en que se celebraba el cincuentenario de la firma de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, ha visto avanzar la legislación humanitaria. En una conferencia internacional celebrada en Roma se alcanzó un acuerdo provisional, sujeto a la ratificación por 60 Estados, sobre el establecimiento de un Tribunal Penal Internacional que pueda ejercer una jurisdicción universal para los crímenes de genocidio, de guerra y violaciones del derecho humanitario internacional. El hecho más espectacular, y menos esperado, en este aspecto fue la detención en el Reino Unido, mediante una petición de extradición por parte de España, del líder chileno Augusto Pinochet. En este año de tantas variables, cuatro grandes temas merecen una atención, y reflexión, particular: las tensiones de la globalización, el conflicto entre Occidente y el mundo musulmán, las crisis en el liderazgo estadounidense, la persistencia de amenazas a la seguridad. En cada uno de ellos la aspiración a una mayor armonía internacional y control democrático fue

inhibida por la debilidad del propio poder y por la persistencia de choques de intereses, ideologías y sistemas políticos que subrayaron los continuos peligros subyacentes en la gestión del sistema internacional. El mundo en vísperas del tercer milenio no fue ni catastrófico ni seguro, pero mostró una serie de tensiones que, de faltar un liderazgo inteligente y fuerte, podrían presagiar un futuro nada fácil.

Globalización

1998 fue el año en que la optimista visión neoliberal de la globalización quedó desacreditada: el primer paso fue la crisis asiática iniciada en Tailandia en 1997 y que se extendió durante 1998 a Corea, Indonesia e incluso Japón; el segundo fue la incapacidad rusa para hacer frente al pago de su deuda, en julio y agosto de 1998; el tercer paso llevó a que se esfumaran aproximadamente 35.000 millones de dólares de Brasil, y a la creciente concienciación en Estados Unidos y en Europa de que sus economías y mercados financieros no eran inmunes a las crisis de otras partes del mundo. La globalización se ha convertido en los últimos años en la muletilla de los análisis económicos y políticos internacionales¹. Obviamente, algo significativo, y nuevo, está sucediendo:

la liberalización del comercio ha venido acompañada por un aumento de los volúmenes en el comercio mundial; la magnitud de dinero intercambia-

do en los mercados monetarios internacionales ha crecido de 190.000 millones de dólares por día en 1987 hasta cerca de 1,2 billones en 1995; la inversión extranjera directa en las economías emergentes ha pasado de 50.000 millones en 1990 hasta 250.000 millones este año; una parte cada vez mayor del mundo se ha incorporado, algunos dirían que ha quedado subyugado, a los vaivenes del mercado. En el campo de la tecnología, hemos asistido a la sorprendente extensión, por un lado, de formas de comunicación por satélite y, por otro, de la popularización de Internet. En términos políticos, estamos asistiendo a la mayor integración de bloques comerciales, en la Unión Europea y el Mercado Común del Cono Sur Americano (MERCOSUR) así como a la creación de nuevas instituciones de administración económica global, en especial la Organización Mundial de Comercio.

“No se trata de elegir entre Estado o mercado, sino de hallar la combinación de ambos que pueda mantener mejor la estabilidad y el crecimiento”

Todo ello viene acompañado de algo esencial para el cambio en las relaciones internacionales, a saber, un desplazamiento en los poderes del Estado: sea lo que sea lo que conlleve la globalización, parece que ésta implica una reducción significativa de las competencias tradicionales de los Estados, en el control de los flujos financieros y de bienes, en la regulación de los tipos de interés y de cambio, en la formación de una cultura nacional, en la limitación de la circulación de bienes, sobre todo la de narcóticos y armas, a través de sus fronteras. La globalización, en este sentido, está frecuentemente asociada a formas de ingobernabilidad política. Un análisis particularmente agudo de este impacto del cambio global puede hallarse en el trabajo de Susan Strange (1988, 1998), en el que argumenta que el poder es cada vez más estructural y no basado en unidades, es decir, no enfocado en los Estados. Esta autora identifica cuatro estructuras de poder en el mundo contemporáneo: seguridad, producción, finanzas y conocimiento. Tan sólo la primera, e incluso ésta en un grado decreciente, está monopolizada por los Estados. Las otras tres son estructuras impersonales que afectan a los Estados, a las compañías multinacionales y a los individuos en formas que la acción humana, los

Estados incluidos, difícilmente puede controlar. La claridad analítica e histórica, combinada con la observación de las fluctuaciones de 1998, nos conducen a valorar cualquier modelo de economía global no regulada, en tres aspectos fundamentales, sea como una descripción del presente sea como un objetivo deseable.

En primer lugar, la idea de un mercado sin ningún grado de regulación estatal es, y siempre lo ha sido, un mito. Los Estados han desempeñado un papel esencial garantizando la seguridad exigida por el comercio, las finanzas y la propiedad, estableciendo las normativas bancarias y comerciales, imponiendo tributos a las personas y las empresas, y distribuyendo aproximadamente el 40% del producto nacional que controlan. Las políticas y los objetivos estatales continúan desempeñando un papel central en la determinación de las perspectivas de los mercados: ningún especulador de los mercados, por fuera de juego que esté, pasa por alto el resultado de elecciones, o las

crisis políticas o las declaraciones sobre política económica. Los acontecimientos del año pasado demuestran, en varios países, que el más nebuloso de los factores, la credibilidad de los líderes políticos, tiene unas consecuencias económicas inmensas: Yeltsin, Clinton, Cardoso. Los que atraviesan dificultades económicas también buscan, una y otra vez, el apoyo del Estado y de sus órganos financieros asociados: lo demuestran dos ejemplos en Estados Unidos en 1998, el afianzamiento del capital financiero a largo plazo y la intervención de Clinton para limitar las importaciones de acero barato. Los Estados también garantizan que los precios no se adapten a los mercados. Dos ejemplos que se repiten cada día son las diferencias en los precios del petróleo en distintos países (el de Estados Unidos es menos de la mitad del Reino Unido o Francia y un tercio del de Noruega²) y el diferencial 2:1 en los precios de material informático en Europa y Estados Unidos. No se trata de elegir entre Estado o mercado, sino de hallar la combinación de ambos que pueda mantener mejor la estabilidad y el crecimiento. La propaganda neoliberal ignoró este hecho bien defendiendo un modelo de actividad económica puro, impracticable, bien conduciendo a una paranoia irresponsable, del tipo popularizado por von Hayek, incapaz de distinguir entre la intervención estatal reguladora y democrática y la abolición totalitaria del mercado. Tampoco se trata únicamente de un asunto de opciones políticas para conseguir un objetivo acordado: la economía, inevitablemente, tal como Adam Smith y otros economistas clásicos fueron los primeros en afirmar, conlleva elecciones morales. Éste es el tema por el que el premio Nobel de Economía Amartya Sen (1987) es más conocido.

En segundo lugar, los acontecimientos de 1998 subrayan algo que una familiaridad razonable con la historia económica nos hubiera ayudado a no olvidar nunca, a saber, la inestabilidad inherente de los mercados. Éste es un tema central en la economía política y la historia económica clásicas, tanto desde la teoría marxista de los ciclos capitalistas como desde el trabajo de Schumpeter y Polanyi sobre la sobre-reacción inherente de los mercados y de las relaciones Estado-mercado. Entre muchas otras presunciones de los últimos años del siglo XX está la de que, de alguna manera, el capitalismo moderno ha superado estas inestabilidades. Hoy podemos añadir a los ciclos de aumento y caída de la producción aquellos impulsados por la globaliza-

ción, en términos de liberalización y plaza de mercado electrónico, la inestabilidad de los mercados monetarios y, más grave, de los fondos de inversión. Esto no es una aberración, el producto de los sobredimensionados bancos tailandeses aquí o del corrupto liderazgo ruso allí: las particularidades de este tipo siempre pueden ocurrir y siempre ocurrirán. La inestabilidad es sistémica y exige una respuesta sistémica: cada una de las crisis financieras puede ser evitable, pero la incidencia de tales crisis no lo es.

En tercer lugar, y mucho más serio, los procesos asociados a la globalización, y las inestabilidades que los acompañan, con todo su impacto económico, han conducido a un crecimiento de la desigualdad en el mundo actual. Las estadísticas publicadas por la Conferencia de las Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo (UNCTAD) muestran que, en el cuarto de siglo que separa 1965 de 1990, la parte de la riqueza mundial poseída por el 20% más rico aumentó desde el 69% al 83% del total. Mientras que en 1965 la renta media per cápita del 20% más rico era 31 veces mayor que en el 20% más pobre, en 1990 la proporción llegaba a ser de 60 veces (*The Economist*, 20.09.97, p. 172). Según el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), se ha producido un sorprendente aumento en los precios y el consumo público, que han crecido seis veces desde 1950, doce desde 1975, hasta un total actual de 24 billones de dólares. En este sentido, se ha cumplido la promesa del capitalismo de repartir mayores volúmenes de bienes y servicios: pero el 20% de la población mundial realiza el 86% del gasto total, mientras que el 20% más pobre se queda en el 1,3%. Tres quintas partes de una población de 4.400 millones en los países en vías de desarrollo carecen de sanidad básica (*Financial Times*, 10.09.98). A medida que la definición de lo que constituye el confort burgués, sano y aceptable, va ampliándose hasta incluir dos períodos de vacaciones, una sauna, sushi y propiedad del equipo informático y de audio, el resto de la humanidad va quedando más y más alejado de él, y *lo sabe*. La realidad, y la percepción, de la desigualdad en el mundo contemporáneo es la mayor debilidad de la globalización y la que conlleva, a largo plazo, el mayor potencial de disturbios políticos, dentro de y entre los Estados.

Esta desigualdad perdurable y creciente debe, en efecto, determinar en qué grado podemos

hablar de un mundo globalizado. Si la mayoría de los que viven en el mundo no tiene acceso a los bienes de la globalización, parece que tenemos un sistema cada vez más desigual, oligárquico, en el que la globalización refuerza, concentrándola incluso, a una élite. He aquí dos ejemplos obvios. En primer lugar, la mano de obra: mientras que el capital es en efecto más móvil, ocurre lo contrario con ese otro factor de producción, la mano de obra. En el mundo actual existe una migración considerable; sin embargo, en el mundo desarrollado existe una voluntad populista de limitarla: nunca había sido tan difícil como hoy en día para alguien que no pertenece a la élite mundial vivir y trabajar en los países de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE). Un segundo ejemplo es el de la tecnología de la información: ésta, la quintaesencia de la globalización, constituye por supuesto el objeto de una batalla cada vez más amarga y brutal por el control monopolístico y la hegemonía cultural por parte de una variante de un idioma sobre el resto de escrituras y lenguas. Esta creciente jerarquización, así como la inestabilidad de los mercados, no es algo temporal o casual, sino que constituye, a menos de ser contrarrestada por una intervención consciente y deliberada, una característica de la propia globalización, que además promete, del mismo modo que la inestabilidad del mercado, crear inestabilidad en el futuro. Al mismo tiempo, y a diferencia de la *hipóbole* sobre la novedad de este proceso, apunta a la rigidez subyacente de la distribución de la riqueza en el mundo moderno: como ha señalado Giovanni Arrighi, el grupo de las naciones más ricas, a pesar de alterar la jerarquía en su interior, ha permanecido notablemente constante en el último siglo y medio, durante el cual sólo un Estado, Japón, se ha integrado en él como miembro pleno. Esta perdurable jerarquía debería por sí sola darnos una idea sobre la difusión de la globalización o de la capacidad de un sistema económico mundial basado en el mercado para distribuir la riqueza y generalizar los beneficios y oportunidades que ofrece a sus miembros más afortunados. Además, nos fuerza a prestar atención a la cuestión que subyace en la globalización tanto en sus dimensiones económicas como en la respuesta política que se le da, a saber, el papel del Estado.

“Esta desigualdad perdurable y creciente debe, en efecto, determinar en qué grado podemos hablar de un modo globalizado”

He aquí el mayor desafío planteado en 1998: saber si los Estados pueden, tanto en sus actuaciones internas como en su coordinación internacional, mantener unas políticas que administren la globalización. 1998 mostró los costes económicos de los Estados débiles y corruptos, sea en Asia o Rusia, pero también las posibilidades de nuevas formas de cooperación económica internacional, incluyendo la coordinación en la prestación de facilidades crediticias, como en el caso de Brasil, y nuevas medidas para garantizar la transparencia en las finanzas estatales y bancarias. La lección que nos ha dado 1998 es que la prosperidad y la paz mundiales exigen nuevas formas efectivas de coordinación interestatal.

El Islam frente a Occidente: un nuevo mito mundial

La incidencia de la inestabilidad en los mercados financieros mundiales coincidió con tensiones políticas y culturales en las relaciones entre Occidente y el mundo musulmán. A lo largo de 1998 ocurrieron bastantes cosas que aumentaron la confianza de aquéllos que creían en un creciente choque entre los mundos musulmán y occidental, fueran defensores de la confrontación cultural en Occidente, como Samuel Huntington, o fundamentalistas islámicos abogados de tal confrontación en el Este. El bombardeo estadounidense contra objetivos en Sudán y Afganistán el 21 de agosto vino acompañado de muchas advertencias sobre una guerra prolongada en el futuro. Mientras Clinton se esforzaba en justificar los ataques afirmando que no se trataba de una guerra con el mundo islámico, Madeleine Albright se expresó con mayor claridad: “Ésta será una larga batalla contra los terroristas que han declarado la guerra a Estados Unidos”, declaró. Pero para muchos musulmanes el verdadero objetivo era el mundo musulmán y no los campamentos contra los cuales las pruebas eran, especialmente en el caso de Sudán, inciertas.

Otros conflictos también estaban llegando al punto de ebullición. La disputa entre Irak y las Naciones Unidas, o más exactamente entre Irak y dos miembros del Consejo de Seguridad, Estados Unidos y el Reino Unido, dio señales de no disminuir a la vez que en los mundos musulmán y

árabe crecían las simpatías hacia Irak. Aprovechando la reluctancia árabe a apoyar más ataques contra Irak, Sadam esperaba humillar al Consejo de Seguridad y romper el embargo a sus exportaciones de petróleo. En diciembre, Washington y Londres decidieron una nueva confrontación militar sin conseguir con ello resolver la cuestión. El proceso de paz árabe-israelí, el tema panislámico más sensible de todos, permaneció encallado, posiblemente moribundo: ni siquiera un acuerdo israelí adoptado en Wye en octubre para retirarse de un 13% más del territorio ayudó a vislumbrar un arreglo final y, quizás, incluso lo obstaculizó. Washington amenazó, sobre todo en mayo, con presionar a Israel, pero fracasó espectacularmente en llevarlo a cabo. La razón es obvia: el apoyo del Congreso a Israel. Lo irónico es que mientras el Congreso estadounidense acordaba en la Ley de Liberación de Irak, de 28 de septiembre, destinar grandes cantidades de dinero para respaldar el relevo de Sadam Husein, al mismo tiempo actuaba como el mejor aliado de éste al bloquear una implementación efectiva, y justa, de los Acuerdos de Oslo. La mejor forma de suavizar el sentimiento proiraquí en los mundos árabe y musulmán sería apoyar el establecimiento de un Estado palestino y privar así a Sadam de su mejor argumento contra Occidente.

Las cosas no han funcionado mejor en otras partes. El mayor logro en la defensa occidental de un Estado musulmán frente a sus adversarios no musulmanes —el de Bosnia frente a los serbios y croatas— parece ahora bloqueado: la elección de un presidente de la línea dura, Nikola Poplasen, en el sector serbio de Bosnia paraliza completamente la implementación de los acuerdos de Dayton. En Kosovo, Occidente vacila mientras Milosevic asesina y limpia el camino hacia su victoria sobre sus adversarios musulmanes albaneses. La decisión de intervenir ha congelado el conflicto, pero el problema sigue en pie. El resto de conflictos en los que Occidente es visto como partidario de opresores o agresores contra sus enemigos musulmanes continúan vivos: en Argelia, el régimen militar parece decidido a eliminar a sus adversarios musulmanes, ante la indulgencia occidental; en Egipto y Turquía, los regímenes militares laicos, apoyados por Occidente, siguen negando los derechos políticos a sus adversarios; Pakistán pasa por una creciente crisis económica provocada por la decisión de realizar explosiones nucleares en respuesta a la bomba de la India, una

decisión de la que buena parte de la culpa se atribuye a Estados Unidos; en Indonesia, el reemplazo cosmético del presidente Suharto por Habibie no ha ayudado a calmar el enfado popular hacia un régimen carcomido por la corrupción y patrocinado, durante más de tres décadas, por Occidente.

No es necesario creer en una política común postislámica, o en una organización internacional del tipo que se asocia al comunismo internacional entre los años veinte y setenta, para percibir un sentimiento político compartido, una comunidad discursiva en la que los musulmanes de diferentes países identifican a Occidente, globalmente o en parte, como su enemigo. Dentro de esta comunidad discursiva, y con variaciones locales, existen al menos ocho asuntos recurrentes claros: el pasado, y presente, del dominio y la intervención occidentales (Irán, por ejemplo, fue invadido dos veces en este siglo por el Reino Unido y Rusia); la partición de los Estados (dos ejemplos recientes son la zona de exclusión aérea de Irak o la preocupación occidental por Timor Oriental); la indiferencia frente a los sufrimientos de los musulmanes: Palestina, Bosnia, Eritrea, Cachemira, Sinjiang; la corrupción cultural, conocida en la terminología coránica como *fisad*; el apoyo a Israel; el apoyo a regímenes dictatoriales; los dobles estándares en la aplicación de las políticas y sanciones en materia de Derechos Humanos así como en las condenas del Consejo de Seguridad; la difusión de los estereotipos anti-musulmanes en la prensa y los medios de comunicación occidentales.

Esta lista impresionante de denuncias es tan sólo una parte del panorama global, ya que muchos de los temas por los cuales los musulmanes denuncian a Occidente, por más que estén expresados en terminología islámica, no son de ninguna manera específicamente musulmanes. El sentimiento de enfado por el dominio colonial y postcolonial occidental es fuerte en China, la India, África y América Latina. Jomeini y sus seguidores pueden haber hablado de *istikbar-i janhani*, “arrogancia mundial”, pero se trata sólo de otra palabra para hablar de imperialismo. El ataque a las políticas occidentales sobre Derechos Humanos por instrumentales e hipócritas se oye tanto en China como en Oriente Medio. Tampoco todo lo que es presentado como musulmán debe ser tomado por su apariencia: Sadam Husein ha hecho editar sellos postales con su propio busto al lado del de Saladino, el defensor del Jerusalén musulmán frente a los cruzados;

pero se trata, a pesar de las invocaciones islámicas, de un régimen profundamente laico, que ha aplastado sin piedad las instituciones religiosas de su propio país. Sean cuales sean las competencias del Consejo Revolucionario del partido Ba'ath, ciertamente no está cualificado para emitir llamadas a la *jihad*. Las élites de Arabia Saudí y Pakistán cuentan con su buen suministro de whisky. También es importante alejarse de la imagen de un mundo musulmán único, unido o incluso coordinado. La percepción de un conflicto creciente entre los Estados occidentales y el mundo musulmán hace perder de vista el hecho de que, a pesar de la existencia de sentimientos comunes y vínculos políticos, el mundo musulmán está compuesto por Estados diferentes. La Organización de la Conferencia Islámica tiene 54 miembros, todos ellos pueden compartir una misma posición acerca de Palestina, o Bosnia, pero eso es todo. Los intereses de Estado, las rivalidades étnicas y las diferencias confesionales entre los musulmanes suníes y shiíes son factores que todos juegan su papel. En los pasados meses, entre clamores acerca de un conflicto Occidente-Islam, se han desarrollado confrontaciones particularmente alarmantes entre países musulmanes.

Irán y Afganistán estuvieron muy cerca de la guerra después de que el Gobierno talibán de Afganistán matara a cerca de una docena de diplomáticos y periodistas iraníes: la disputa hunde sus raíces en una rivalidad que viene de lejos en Afganistán, entre los talibán suníes militantes y el 15-20% de la población compuesto por shiíes, así como en un sentimiento creciente en Irán de que los talibán son el instrumento de una expansión pakistaní hacia Asia Central. Irán reaccionó como un Estado nacionalista, desplegando soldados a lo largo de la frontera. Su líder espiritual habló de la necesidad de defender los intereses de *millat-i bozorg-i iran*, “la gran nación de Irán”. Los afganos, hacia los cuales la mayoría de iraníes profesa un sentimiento de superioridad, eran, afirmó, *juhul*, un término coránico que significa literalmente “ignorante”, pero que implica además la idea de no islámico. Irán ha hablado desde la revolución de 1979 de solidaridad islámica y ha brindado su apoyo a grupos militantes de otros Estados. Aun así, en cada caso en el que lo ha hecho -Líbano, Irak,

“También es importante alejarse de la imagen de un mundo musulmán único, unido o incluso coordinado”

Afganistán-, se ha enfrentado a una oposición local, estatal y nacional. Su propia política exterior muestra una flexibilidad que desafía a toda comunidad religiosa: así, en el conflicto entre Azerbaidzhán, musulmán sunita, y Armenia, cristiana ortodoxa, Irán suministró ayuda financiera y diplomática, así como posiblemente efectivos militares, a los armenios; en su largo conflicto de baja intensidad con Pakistán, ahora trasladado por lo tanto hacia Afganistán, Irán siempre ha mantenido relaciones cordiales con la India; y su relación con Pekín siempre ha pasado por encima de su apoyo a cualquier movimiento secesionista en Sinjiang.

Tampoco en otros aspectos la apariencia de un mundo musulmán unido se corresponde con la realidad. Turquía puede ser percibida a través del prisma eurooccidental, especialmente europeo, como un Estado musulmán pero ha recibido escasa solidaridad musulmana a lo largo de los años. Muchos turcos sienten que fueron traicionados por los árabes en la Primera Guerra Mundial, y no han recibido ningún apoyo árabe significativo en Chipre. La intensificación de las relaciones con Siria en el verano de 1998 demostró que también aquí son los intereses de Estado, y no la solidaridad religiosa, lo que configura la política. En la propia Turquía, y en buena parte del mundo musulmán, se produce un incremento del conflicto entre los musulmanes suníes y los shiíes: éste es un eje del conflicto irano-afgano, que se hace evidente en los asesinatos comunales en Pakistán, en el crecimiento de la política tribal y sectaria en Irak, y en las tensiones sociales en Arabia Saudí y Bahrein. La intensa simpatía de muchos en el mundo árabe sunita hacia la postura de los talibán contra Irán es un indicador de la profundidad de estas tensiones.

En ningún otro asunto es tan crucial esta variedad de respuestas como en relación con la cuestión que condujo a los ataques aéreos americanos de agosto: el fundamentalismo. Los fundamentalistas del mundo islámico, al igual que sus homólogos en los mundos hindú, judío y cristiano, denuncian la corrupción de los extranjeros y de la gente distinta. Pero su primer objetivo es su propio pueblo, específicamente las fuerzas laicas: la batalla entre Estados Unidos y el terrorismo a

la que se refería Albright es, en esencia, una lucha interna del mundo musulmán. La causa principal del crecimiento del fundamentalismo es la insatisfacción con el Estado laico, modernizador, de la postindependencia. Ello fue igualmente cierto tanto para la revuelta contra el Frente de Liberación Nacional en Argelia como para la revolución islámica en Irán. El principal objetivo de Osama bin Laden no es Estados Unidos sino la familia gobernante en Arabia Saudí: utiliza argumentos facticios, como la denuncia de que los soldados americanos están expoliando los Lugares Sagrados del Islam, para movilizar apoyos internos. El deseo del grupo palestino Hamas es hacerse con el control del Estado palestino. En esto radica también la lógica del asunto Rushdie: Jomeini y sus seguidores utilizaron *Los versículos satánicos* para reafirmar su control sobre su propio pueblo. El cargo de blasfemia ha sido utilizado durante mucho tiempo como un medio para aplastar la oposición política interna y, especialmente, para silenciar a aquéllos que amenazaban con desviar a los jóvenes: Sócrates, Jesucristo, Galileo y Spinoza lo sufrieron en sus propias carnes. Tampoco Rushdie está solo: en 1998, muchedumbres encolerizadas pedían a gritos en Dacca el ahorcamiento de Taslima Nasrin, la escritora bengalí que regresó recientemente a su país de origen.

La relación con Occidente es, en este contexto de cálculo político, contingente. Bin Laden y sus seguidores en Afganistán se congratularon al conseguir los fondos concedidos por el Congreso estadounidense en apoyo a su guerra contra el régimen laico prosoviético de Kabul y sus aliados del Ejército Rojo. Los bosnios musulmanes aplaudieron la intervención de la OTAN. Los islamistas turcos adoptaron un tono nacionalista, desplegando incluso la grandeza del Imperio otomano, en apoyo a su causa: pero, en general, evitaron denunciar a Estados Unidos con la esperanza de mitigar así los temores occidentales. La “larga guerra” entre el Islam y Occidente es una visión parcial de este conflicto mucho más profundo que tiene lugar dentro de las sociedades musulmanas, de la misma manera que la retórica nacionalista del Partido Bharatiya Janata en la India es sobre todo un ataque a los políticos laicos, y a los intelectuales, que han dominado en el país desde 1947. La cuestión clave acerca de Oriente Medio, y el mundo musulmán en general, no es si continuarán produciéndose ataques retóricos, militares e intermi-

ntentemente terroristas contra Occidente, sino si es posible establecer nuevas formas de legitimidad y estabilidad política entre unas fuerzas laicas debilitadas y unas fuerzas islamistas militantes. La adaptación política, y las reacciones occidentales, jugarán un papel; pero quizás tan o más importantes son otros factores: unos, a largo plazo, como los cambios demográficos y en la vida urbana; otros, más a corto plazo, como el empleo y el crecimiento. Quizás el factor individual más importante en toda la ecuación sea uno muy a corto plazo y completamente laico, a saber, el precio del petróleo, actualmente un 40% por debajo de sus niveles recientes. Ello presagia inestabilidad en muchos países musulmanes (y no sólo en los musulmanes, como demuestra el caso de Venezuela).

El cálculo y la transigencia también se evidencian en las respuestas de los adversarios a los fundamentalistas. Algunos regímenes, como el turco, desarrollan un laicismo intransigente. *Laiklik*, como le llaman en Turquía, es uno de los pilares del Estado kemalista. En Egipto, por otra parte, el régimen ha cambiado para acomodar el sentimiento islamista, si bien sigue intentando aplastar a los grupos de la oposición. Realmente, la lista de capitulaciones del Estado ante el islamismo es penosa: permitir la condena de un escritor musulmán independiente, Nasir Abu Zeid, en un tribunal hace cuatro años; intervenir este año para obligar a las universidades y bibliotecas a dejar de utilizar la biografía de Mahoma escrita por una autoridad como es el estudioso francés Maxime Rodinson. Tales acomodaciones, o variaciones, no impiden, sin embargo, que una amplia gama de regímenes de Oriente Medio procure acusar a sus adversarios, estén éstos armados o no, de terroristas. Ésta palabra se ha convertido en una expresión comodín destinada a deslegitimar a todo aquél que se oponga a sus políticas. Aquí radica, por supuesto, el peligro de la respuesta occidental, que se reduce al uso de la legislación antiterrorista europea, dando la impresión de que la política occidental queda supeditada a las políticas antiterroristas *internas* de los Estados de Oriente Medio: es una licencia para la connivencia con las dictaduras, al estar alejada de todo compromiso formal con la democratización de estos países. Tras los ataques estadounidenses con misiles en agosto emergió, de un lugar inesperado, el correctivo quizás más efectivo de la imagen Islam-frente-a-Occidente. Vino en la forma del

discurso del presidente iraní, Mohammad Jatamí, ante la Asamblea de las Naciones Unidas el 21 de septiembre, en nombre de su país y de la Organización de la Conferencia Islámica, de la que Irán ostenta actualmente la presidencia. Jatamí expresó, desde luego, críticas hacia Occidente, incluida la cuestión palestina. Declaró que su país no tenía la intención de normalizar sus relaciones con Estados Unidos. Pero también rompió la norma prevalente en los países islámicos y del Tercer Mundo de criticar a Occidente, subrayando los valores compartidos de las distintas civilizaciones y la necesidad de diálogo entre culturas. Esta llamada a Occidente vino acompañada de la acusación contra Afganistán, un país musulmán socio. En su país, Jatamí habló de los peligros del dogmatismo y la dictadura en un Estado islámico y advirtió a sus seguidores, aludiendo al destino del comunismo, respecto a lo que ocurre cuando la fe busca prevalecer sobre la libertad. Lo principal del discurso de Jatamí es que, a pesar de las apariencias, son más los valores compartidos por el mundo musulmán y el no musulmán, y son menos los valores compartidos dentro del mundo musulmán. Es una ruptura filosófica, si bien no inmediatamente práctica, con los tópicos sobre el Islam-frente-a-Occidente. Es una pena que no haya más gente, en Occidente y en Oriente, que tome en cuenta lo que Jatamí tiene que decir.

“Los fundamentalistas islámicos, al igual que sus homólogos en los mundos hindú, judío y cristiano, denuncian la corrupción de los extranjeros y de la gente distinta”

¿Una crisis de liderazgo estadounidense?

El hecho dramático más prolongado de 1998 fue la crisis en el liderazgo de Clinton, iniciada en enero. ¿Importó al resto del mundo que el presidente estadounidense estuviese paralizado durante muchos meses? El *International Herald Tribune* publicó unas declaraciones del embajador de un país amigo en las que afirmaba que “tienes que ser sordo, mudo, ciego y retrasado mental para no ver que Clinton ha visto debilitada su capacidad de dirigir, tanto en su país como en el extranjero”. A algunos esto no les importó. Evidentemente, uno de ellos fue su principal atormentador Newt Gingrich, portavoz del Senado. La definición de Gingrich de la política exterior estadounidense deja poco espacio al mundo exterior: “nuestro principal objetivo en

política exterior es muy simple”, declaró en cierta ocasión, “tenemos la intención de sobrevivir sea cual sea el nivel de caos en el resto del planeta”. El unilateralismo estadounidense nunca había sido expresado más claramente. Para otros, la crisis en Washington representó una oportunidad. Así, un editorial del periódico británico *The Observer* vio la situación en Washington como una oportunidad para que Europa actuara de forma más decidida. “La Unión Europea deberá actuar por sí misma, ofreciendo ayuda a Rusia, controlando a Irak, interviniendo en Kosovo y presionando a los japoneses a relanzar su economía. Las dificultades sexuales en Washington tienen consecuencias políticas en Bruselas. Ha llegado la hora de la Unión Europea: ahora no debe errar el tiro”.

Tres ámbitos permiten demostrar con facilidad que la crisis estadounidense ha marcado *efectivamente* una diferencia. En primer lugar, la seguridad. La principal autoridad de la seguridad internacional es la ONU, pero Estados Unidos se encontraba allí en una difícil situación: su incapacidad para afrontar sus deudas, a causa de la obstrucción del Congreso en el tema del aborto, amenazaba con llevar a su expulsión de la Asamblea General. Estados Unidos podía apoyarse en el Consejo de Seguridad pero también en él se encontraba cada vez más aislado, con el único apoyo del Reino Unido. Sin la iniciativa y el liderazgo estadounidenses, aquéllos que deseaban desafiar a Occidente o simplemente matar a sus adversarios contaban con una buena ocasión para ello: Sadam Husein impidió la inspección de su armamento desde principios de agosto; Milosevic continuó su limpieza étnica en Kosovo, expulsando a 250.000 kosovares de sus hogares; en Corea del Norte se efectuaron pruebas de misiles; Rusia bloqueó la ratificación del START II (Tratado para la Reducción de Armas Estratégicas) y rebajó su control de la tecnología y los materiales nucleares; y en la República Democrática del Congo una guerra internacionalizada estaba haciendo estragos. En una situación de parálisis estadounidense, se redujo la capacidad del presidente para alcanzar acuerdos: se las arregló para jugar un papel en Irlanda, porque no se trataba de un asunto en el que Estados Unidos era parte.

En Bosnia, sin embargo, los Acuerdos de Dayton peligraron cuando la dirección serbia, más dócil, de Biljana Plavsic quedó derrotada por el radical Nikola Poplasen; del mismo modo que Netanyahu pudo oponerse a los acuerdos de Wye sobre Palestina. En el proceso árabe-israelí, Clinton tuvo menos influencia: las amenazas realizadas en mayo por la secretaria de Estado Madeleine Albright de endurecer su postura hacia Israel se apagaron. Netanyahu lo dijo: no tenía incentivos para hacer favores a un presidente estadounidense que quizás no lo fuera un año más tarde. Estados Unidos, y el mundo, deberían haber expresado su apoyo a un Estado palestino hace mucho tiempo, lo único que podría desatascar el punto muerto y ayudar a mitigar el enfado en el mundo islámico; la incapacidad para conseguirlo, incluso cuando Clinton visitó Gaza en diciembre, fue un signo de debilidad. El vínculo con la guerra del Golfo fue directo: el Congreso se manifestó con entusiasmo a favor de dar fondos a los adversarios iraquíes de Sadam Husein; pero fue el fracaso estadounidense en lograr un arreglo de la cuestión árabe-israelí lo que, más que otra cosa, empujó a la opinión pública árabe en contra de Estados Unidos. El mundo árabe dejó de apoyar a Washington en la cuestión de Irak sobre todo a causa de la obstrucción del Congreso en la cuestión palestina.

Una segunda área en la que una presidencia estadounidense debilitada tuvo efectos negativos fue la economía. Las turbulencias en los sistemas financieros mundiales y, por extensión, en el comercio y la inversión internacionales, empeoraron. La economía estadounidense pudo quedar aislada por mucho tiempo de las dificultades en Asia y Rusia, pero esta situación no podía durar. Los principales organismos internacionales, el FMI y el Banco Mundial, quedaron largo tiempo bloqueados por la falta de apoyo del Congreso a mayores créditos y por la indecisión en la Casa Blanca: el primer préstamo espectacular, los 10.000 millones de dólares que el Banco Mundial concedió a Corea del Sur -parte a su vez de un paquete crediticio de 60.000 millones- fue adoptado en el último momento, siendo el propio Clinton quien dio el visto bueno al trato. Sin la existencia de un liderazgo, ninguna otra decisión de este tipo podría ser adoptada, y el Congreso no entregaría el dinero. La publicidad acerca del robo en julio de una primera entrega de un crédito de 4.800 millones a Rusia no ha ayudado. En agosto se produjo un hecho directamente relacio-

nado con ello: la preocupación en Washington por los problemas del propio Clinton no permitió una respuesta decidida sobre la condonación de la deuda rusa.

Finalmente está el tema del propio simbolismo. Pocas personas en el mundo, fuera cual fuera su opinión política respecto a Clinton, aprobaron el culebrón que expuso a éste a la intrusión, la humillación y los juegos del gato y el ratón por parte de Starr y del Comité Judicial del Senado. No cabe mayor tontería que poner el informe Starr, un documento de más de 400 páginas, en Internet para un juicio instantáneo cuando, como sabe cualquier usuario de este medio, resulta bastante difícil leer y valorar un documento de 10 páginas. Para la gentuza moji-gata que domina el Congreso estadounidense este hecho no pareció tener importancia: un tercio de los miembros del Senado estadounidense ni siquiera tiene pasaporte. A Gingrich no le importó, ni tampoco al realmente nauseabundo líder del Senado, Trent Lott. Éste se jactó de no viajar al extranjero y empezó a burlarse de las figuras internacionales que no le gustan: por ejemplo, solía mofarse, en tonos racistas, del nombre del anterior secretario general de la ONU, Boutros Boutros Ghali; acerca del director del FMI, Michel Camdessus, Lott declaró: “es francés y socialista, ¿necesito decir algo más?”. Esta degradación en Washington debe importar a todo aquél que desee preservar, y cambiar, la política de las sociedades democráticas e invertir la creciente desafección hacia la participación democrática que prevalece en el Occidente desarrollado. Ello no suponía ninguna ingenuidad respecto a la política estadounidense, o sobre Clinton. El primer instinto de los comentaristas de izquierdas en Washington, incluida su cohorte expatriada, fue el de atacar al presidente. Por el contrario, fue la izquierda no norteamericana, al igual que la derecha, la que se opuso a esta campaña: Nelson Mandela golpeando la mesa en Nueva York, insistiendo en que en el “mundo británico” todo hombre es inocente hasta que se prueba su culpabilidad, un toque postcolonial juicioso; Jack Lang y una serie de escritores y estrellas de cine liberales y de izquierdas europeos escribiendo en *Le Monde*.

El problema de achacar todo, o casi todo, el desorden global a la crisis actual en Washington es que puede resultar una equivocación. Lo que destacan todos estos asuntos, por separado y combinados, es un modelo de pérdida de control

que va más allá de lo que un presidente pueda o no influir. En el frente de la seguridad, los temas principales no podrían ser resueltos por un liderazgo más decisivo en Washington. La Duma rusa ha obstruido el Tratado START II por persistentes razones nacionalistas. Similares son las causas que yacen tras la oposición rusa en el Consejo de Seguridad a las políticas de Estados Unidos y el Reino Unido respecto a Kosovo e Irak. La propia situación en Kosovo no fue una repetición de la de Bosnia. El Ejército de Liberación de Kosovo (ELK) lanzó su ofensiva pero, con ello, dotó a Milosevic de la excusa para embarcarse en su limpieza étnica. La política de guerrillas pobremente armadas y poco entrenadas entrando en las grandes ciudades de Kosovo y permitiendo que los serbios limpiasen posteriormente toda la población en cuestión de horas fue por sí misma pura locura. La destrucción del liderazgo político establecido de Ibrahim Rugova tuvo lugar por una confrontación objetiva entre Belgrado y el ELK. En el caso de Irak, la verdadera crisis de la política estadounidense, y británica, llegó en 1997: fue entonces cuando Sadam Husein se dio cuenta de que no había una mayoría suficiente en el Consejo de Seguridad para el uso de la fuerza en caso de bloquear a los inspectores. La aparente solución de febrero de 1998, con el trato alcanzado a través de Kofi Annan el 23 de febrero, tapó las grietas, pero no reforzó de ninguna manera la postura de Washington. Como documentó el entonces dimitido inspector estadounidense Scott Ritter, Estados Unidos y el Reino Unido estaban interviniendo activamente desde octubre de 1997 para debilitar el régimen de inspecciones, por temor a que un aumento de confrontación con Irak pusiera al descubierto su farol en cuanto al uso de la fuerza. La mayor abdicación en seguridad internacional fue la respuesta, o la falta de respuesta, a las pruebas nucleares realizadas por la India y Pakistán: la acción llevada a cabo por la India constituyó la actuación más irresponsable en la política mundial desde 1945 y puso en marcha un escenario de pesadilla, no sólo en Asia del Sur, sino también en el vecino Oriente Medio. La respuesta occidental resultó poco contundente, como lo fue la de otros organismos, tales la Commonwealth y el Movimiento de No Alineados, que deberían haber expulsado al chovinista régimen

“Europa no puede actuar, y no actuará, en ningún lugar sin el acuerdo estadounidense: ni en Kosovo, ni en Palestina, ni en Irak, ni por supuesto en África o el Lejano Oriente”

hindú de sus filas.

Sea cual sea la combinación de factores que superaron a la política estadounidense en 1998, había pocas posibilidades, a pesar del entusiasmo de los defensores de una política europea más decidida, para la adopción de una serie alternativa de iniciativas. Quizás aquí radica la clave, más allá de cualquier acontecimiento en Washington, del actual malestar internacional. Dos de los mayores Estados del mundo, Japón y Alemania, permanecieron atrapados en una manipulación para consumo interno de su propio pasado y se negaron a desempeñar un papel significativo en seguridad, cualquiera que pudiera ser éste. Las elecciones en Alemania, al igual que en el Reino Unido en 1997, demostraron un interés escaso por el mundo exterior más allá de Europa. Japón se opuso a toda presión, exterior e interior, para reformar y relanzar su economía. La Unión Europea, lejos de aceptar el desafío que se le ofrecía, tan sólo deseaba que la tormenta estadounidense se apagara. Europa no puede actuar, y no actuará, en ningún lugar sin el acuerdo estadounidense: ni en Kosovo, ni en Palestina, ni en Irak, ni por supuesto en África o el Lejano Oriente. Cualquier esperanza de que el FMI y el Banco Mundial apaguen las tormentas económicas mundiales conlleva la intervención, y financiación, de Estados Unidos. El mundo desarrollado fue en consecuencia menos, y no más, capaz de seguir una política coherente en todos estos asuntos; estaba pagando el precio de años de aspiraciones vanas y de unos medios de comunicación que cumplen cada vez menos con su responsabilidad de educar a la opinión pública sobre asuntos que están más allá de sus fronteras.

La persistencia de la inseguridad

El mundo *es* hoy en día, sin lugar a dudas, un lugar más seguro de lo que era una o dos décadas atrás. La perspectiva de aniquilación nuclear de la humanidad ha retrocedido: éste es el resultado más importante del final de la Guerra Fría. Sin embargo, otros problemas continúan en pie. La seguridad del gran arsenal de materias nucleares, y químicas y biológicas, en la antigua Unión Soviética no está garantizada y los actuales controles internacionales y nacionales resultan inadecuados. Un pequeño fallo en seguridad respecto a

estas materias podría tener consecuencias internacionales muy graves. El final de la carrera del armamento nuclear entre Estados Unidos y Rusia ha venido seguido por la competición nuclear en otros lugares del mundo: este año, en la actuación internacional más irresponsable de la década, la India y Pakistán han hecho explotar armas nucleares. Los Estados de Oriente Medio tomarán nota de la débil, y evasiva, respuesta internacional. En el Lejano Oriente, a medida que retrocede la potencia militar rusa y estadounidense, existe el peligro de una creciente rivalidad entre China y Japón, con la participación de otros Estados poderosos, Corea y Taiwan. No debemos olvidar que los primeros disparos en las guerras internacionales del siglo XX se produjeron en esa área geográfica, en la guerra sino-japonesa de 1894. Solamente podemos esperar, pero sin estar seguros de ello, que el equivalente en los años noventa no sea el estallido nuclear indo-pakistaní de 1998.

Mientras que la competición militar y estratégica entre grandes potencias ha retrocedido, en el futuro previsible, continuarán los conflictos regionales más limitados. En Oriente Medio, la mayor región importadora de armas del Tercer Mundo y con los mayores gastos en armas per cápita –por encima del 6% del PIB, tres veces más que en América Latina– permanece una serie de peligrosas rivalidades solapadas. Irak sigue enemistado con la comunidad internacional: ya ha invadido a dos de sus vecinos, Irán en 1980, matando a un millón de personas, y Kuwait en 1990. Todos podemos esperar que Irak, un país con un gran potencial humano y económico, vuelva a unas relaciones normales con sus vecinos, y con el mundo: pero el error acerca de los peligros que representa Irak no sirve a los intereses de la paz, o la justicia, internacional. En África, donde el optimismo relativo al desarrollo político y económico creció en los primeros años noventa, arden diversas guerras, de un tipo cada vez más regional. En el Cuerno de África, dos estados revolucionarios, Etiopía y Eritrea, se están preparando para otra guerra a gran escala, a pesar de los mejores esfuerzos de la comunidad internacional para reconciliarlos y retenerlos. En los Balcanes, reina una paz precaria en Bosnia y Kosovo: un arreglo congelado puede continuar en Bosnia, aunque no descansa en un compromiso significativo; poca gente cree que la paz se mantenga en Kosovo. La incidencia de la carrera de armamentos, guerra civil y guerra internacional regionalizada viene acompañada por otra consecuencia del final de la Guerra Fría: la invasión en el mercado

mundial de pequeñas armas que ningún Estado controla y que inflaman seriamente los conflictos existentes. El tema de la seguridad y la paz internacionales, la cuestión más clásica en las relaciones internacionales, está por lo tanto lejos de haber quedado zanjado.

Así pues, a medida que nos acercamos al tercer milenio existen razones para el optimismo y para la preocupación acerca de los próximos años. La consolidación de las relaciones entre sociedades y estados en algunas zonas, más notablemente en Europa Occidental, contrasta con continuos desafíos –políticos, militares, económicos, ideológicos– en otras partes. Los sistemas de diplomacia y gobernabilidad global, establecidos para tratar estos asuntos, son, como hemos visto, frágiles y dependientes del liderazgo político, en el que no se puede confiar. Si existe una lección positiva a extraer de 1998, más allá de logros individuales en estados y regiones particulares, ésta es que el mundo puede estar hoy menos fascinado por el fundamentalismo neoliberal de los primeros años 1990. Las opciones políticas de los estados, movimientos sociales, organizaciones no gubernamentales y, no en menor medida, de las personas permanecen abiertas.

Notas

1. En el texto que sigue, utilizo frecuentemente el trabajo de análisis y clarificación de otros: Paul Hirst y Graham Thompson (1996) *Globalization in Question. The International Economy and the Possibilities of Governance*, Oxford; Harry Gelber (1997) *Sovereignty Through Interdependence*, Londres: Kluwer; Jonathan Perraton, David Goldblatt, David Held y Anthony McGrew (1997) “The Globalisation of Economic Activity”, *New Political Economy*, 2; la serie sobre globalización “Schools Brief” en *The Economist* a partir del 18 de octubre de 1997.

2. 0,4 \$ el litro frente a 1,0 \$, 1,1 \$ y 1,25 \$ respectivamente. *The Economist* (26.07.97) acerca de los precios en el segundo cuarto del año de 1997.

Referencias bibliográficas

Sen, Amartya (1987) *On Ethics and Economics*, Oxford: Blackwell.
Strange, Susan (1988) *States and Markets*,